20250921. XXV Domingo en Tiempo Ordinario. Ciclo C. No se puede servir a dos amos.

No se puede servir a dos amos. Si se sirve a uno, con el otro se queda mal. Seguramente hemos escuchado este dicho antes, y hoy lo volvemos a escuchar. En el fondo, todos sabemos que no podemos satisfacer dos deseos contrapuestos. Nuestra mente quisiera creer que es posible, pero nuestro corazón no puede concebir dos efectos opuestos, porque estamos llamados a la integridad. Estamos llamados a la integridad en nuestros corazones; estamos llamados a la integridad y a la unidad entre cuerpo y alma.

Estamos llamados a tener unidad de corazón, unidad de mente y espíritu para ser íntegros y santos. Cuando hablamos de integridad, nos referimos a la coherencia entre lo que digo creer y lo que realmente creo, lo cual se evidencia en nuestras acciones externas. La integridad se refiere a esta unidad interior, donde tenemos un enfoque claro y siempre actuamos en alineación con él. Si poseemos esa integridad, disfrutamos de paz y serenidad, pues ya no hay conflicto entre quiénes somos, qué creemos, y cómo actuamos.

El Evangelio de Lucas habla de esto hoy. Sin duda, esta parábola es una de las más confusas de toda la Escritura. ¿Cómo podemos conciliar el engaño del siervo con el del amo, quien primero descubre esta deshonestidad y planea despedirlo, pero luego lo recompensa por sus acciones?

Para contextualizar y, con suerte, hacer justicia, debemos analizar el Evangelio de hoy a la luz de lo que habría sido el Evangelio del domingo pasado. Recordemos que el domingo pasado celebramos la Solemnidad de la Exaltación de la Santa Cruz; por lo tanto, omitimos la lectura habitual del 24° Domingo del Tiempo Ordinario, que corresponde al capítulo 15 del Evangelio de Lucas.

El capítulo 15 del Evangelio de Lucas contiene tres parábolas: la de la oveja perdida, la de la moneda perdida y la del hijo pródigo. Estas parábolas nos muestran el amor ilógico de Dios, cómo su amor es como el de un pastor que deja 99 ovejas en el desierto para buscar la que se perdió. Nosotros no haríamos eso, ¿verdad? O la mujer con más recursos económicos que busca una moneda perdida, y luego ese padre que fue repudiado por su hijo, pero lo espera con paciencia y, a su regreso, a pesar de todo, lo abraza y lo perdona por completo.

Observamos estas parábolas y, al compararlas con la de hoy, vemos que los caminos de Dios son muy diferentes a los nuestros. Dios es amor incondicional, y por eso, siempre nos ama, sin importar las circunstancias. Pero la mayoría de nosotros, en nuestra calidad de seres humanos, somos propensos al pecado, y en muchas ocasiones estamos tan absortos en él que lo justificamos, y a veces, hasta lo recompensamos.

Como humanos, siempre ha existido en nosotros ese potencial de falta de integridad, por eso somos atraídos hacia el pecado, que, por definición, es alejarse de la voluntad de Dios. Y somos buenos para eso, muchas veces hasta lo racionalizamos y buscamos justificación. Intentamos racionalizar lo irracional.

Al alejarnos del plan infinitamente sabio y amoroso de Dios, perdemos la integridad que Él desea para nosotros. Lo opuesto a la integridad que estamos llamados a poseer es un tipo de hipocresía: la contradicción entre lo que decimos creer y lo que realmente creemos.

Este es el mal que se denuncia en nuestra primera lectura. Amós, profeta del reino del norte de Israel, unos 750 años antes de Cristo, observa la corrupción generalizada en esa sociedad, particularmente entre quienes afirman seguir la observancia religiosa. Aquellos, como escuchamos en esa lectura, que esperan el fin del sabbat para ajustar su balanza y hacer trampa. En esta historia podemos observar que hay diferencia entre lo que se dice en público y lo que se hace en privado. Debemos considerar que, aunque esta sea una debilidad humana, no quiere decir que esté bien que nos quedemos ahí. Todos sabemos que Dios tiene expectativas para nosotros, y nos llama a vencer esa debilidad para buscar y alcanzar ese nivel de comportamiento ideal. Dios busca nuestra integridad.

En nuestra segunda lectura, San Pablo afirma que hay un solo Dios. Aquí vemos cómo la integridad de Dios es perfecta. Dios es amor, y siempre actúa en ese amor. Por eso, nosotros, creados a su imagen y semejanza, estamos llamados a esforzarnos por lograrlo. No somos una combinación de dos personas: una que asiste a misa todos los domingos con una fe devota, y otra que vive el resto de la semana con diferentes motivaciones. Estamos llamados a ser personas de una sola mente y un solo corazón.

Cristo vino al mundo y nos enseñó y nos instruyó a hablar y actuar siempre con amor. Nos invita a interactuar con los demás siempre con sensibilidad, respeto y reverencia. Eso es lo que San Pablo escribe en nuestra segunda lectura: que en nuestra oración y en nuestra acción de gracias, podamos levantar las manos abiertamente y podamos llevar una vida tranquila y serena con toda devoción y dignidad, porque vivimos una vida íntegra, en cuerpo y alma.

¿Cuál es la primera y más importante motivación en nuestras vidas? ¿Es a Dios a quien estamos llamados a amar ante todo? ¿O a nosotros mismos? ¿Hacemos lo que queremos, o lo que Dios quiere que hagamos? Que esta sea nuestra meta; que podamos vivir en los caminos de Dios. Recordando que ningún siervo puede servir a dos amos, para que todo lo que hagamos sea una expresión de nuestro amor por Cristo.

Jesús vino a vivir entre nosotros para nuestra salvación. Vino a nosotros para que todos conozcamos la verdad. La verdad del evangelio es que Dios es amor incondicional, un amor irracional.

Asegurémonos de conocer, vivir y practicar esa verdad. El evangelio de hoy nos invita a vivir esa verdad, siempre practicando amor misericordioso, incondicional y hasta irracional, en la forma en que perdonamos y tratamos a los demás, sin importar las circunstancias.

Am 8:4-7
Sal 112:1-2, 4-8,
1 Tim 2:1-8
Lc 16:1-13